

Las exequias en vida del Emperador

AUNDA este asunto desorbitado en los anteriores: ¿Hizo o no hizo don Carlos sus funerales en vida? Si los hizo, Pero no en la ridícula forma que suele contarse. Procuraremos dar alguna luz a este suceso. Para ir con paso asentado, veamos lo que dicen los testigos que lo vieron con sus ojos.

Fray Martín de Angulo, prior de Yuste cuando allí moró don Carlos, a ruegos de la princesa doña Juana, escribió la relación titulada *Vida y fin que ha tenido la cesárea, sacra y real majestad de nuestro señor don Carlos, en este Monasterio de San Jerónimo de Yuste*. Fray Martín escribe poco después de la muerte del César, para su hija la princesa doña Juana, en vida de los monjes y de los criados que estuvieron con el Emperador en Yuste, que podían desmentir cualquiera falsedad del Prior. Fray Martín, en el cap. II de su obra, escribe:

«Sucedió que, estando un día bueno en la cama, siete u ocho días antes de la enfermedad de que murió, afeitábale su barbero que se decía Nicolás, criado antiguo de su casa. Díjole:

– Nicolás – que así se llamaba – ¿sabéis qué estoy pensando?

Respondió:

– ¿Qué, señor? –

– Que tengo ahorradas dos mil coronas y tanteo cómo hacer con ellas mi funeral.

El barbero, que era hombre decididor, replicó:

– No cuide Vuestra Majestad de eso, que, si se muriese y vivimos, acá le haremos las honras.

– ¡Oh, cómo eres necio! Mal lo entiendes – dijo el César – : hay grande diferencia, para caminar bien, en llevar la luz delante o detrás.

Y así, mandó hacer luego las obsequias de sus padres y las suyas».

Nadie contradijo estas afirmaciones. Añade veracidad al relato, el hecho de que el César tenía ciertamente ahorrado aquel dinero desde su llegada a Jarandilla. Veámoslo. El 6 de diciembre de 1556, Luis Méndez Quijada, mayordomo del César, escribe desde Jarandilla al secretario Juan Vázquez de Molina: «Sobre los dineros que hemos menester, Gaztelu escribirá a Vuestra Merced y, creo, Su Majestad sobrello. Allí verá Vuestra Merced lo que dice. A estos dos mil ducados no osamos tocar, porque Su Majestad no quiere. Andamos buscando a 300 y 400 reales, y hállese con trabajo...» Al día siguiente, Quijada repite a Juan Vázquez: «Su Majestad tiene mucha salud y no quiere que, por cosa de las que se ofreciere, se toque a los dos mil ducados de oro que tenemos; y pasan necesidad la caballeriza y acemilería; y para lo demás nos falta...» El mismo día 7, Martín de Gaztelu, secretario de don Carlos, pide a Juan Vázquez de Molina que mande fondos, «porque la acemilería muere de hambre, y también la caballeriza y los oficiales. Y ayer se buscaron en toda Jarandilla dos mil reales para comer, porque los escudos que se trajeron ha Su Majestad mandado que no se toque a ellos, porque los debe de querer para dar...» Don Carlos sigue con sus escudos, sin permitir que se les toque. El día 27 de enero de 1558, aún los tenía. Con esta fecha, Gaztelu escribe a Juan Vázquez: «La Señora Infanta (doña María de Portugal) llegó a Badajoz a los 18, a la tarde, y su recibimiento dicen que fué muy bueno. Y ha enviado a visitar a Su Majestad con un caballero llamado Manuel de Melo... Llegó antes de anoche, y ayer besó las manos al Emperador, y hoy se despedirá. Y, si Su Majestad está en lo que anoche, no se le dará nada, porque diz que quiere romper el hilo de estas cosas. Diósele a entender que era justo darle, y que sería gran lisonja para las Reinas e Infanta. Y, cuando me vine (de Yuste a Cuacos), dije a Luis Quijada que, si le daban, no podían menos de mil

escudos, y que éstos se podían tomar de los dos mil que tiene Su Majestad en su cámara, y traerse otros tantos con el primer tercio, para ponerlos en su lugar...» En fin, eludiendo otras citas, vemos que don Carlos tenía ahorrados dos mil escudos. De ellos, poco antes de morir, el César mandó a Luis Quijada que entregase 600 a la madre de don Juan de Austria. En el inventario que se hizo de sus cosas, aparece que aún quedaban 54 escudos. ¿En qué se gastaron los demás?: en hacer las exequias por sus padres, por su esposa y por sí, como dice el Prior. No pudieron gastarse en los funerales que le hicieron después de muerto porque para ello enviaron 300 escudos a Luis Quijada de la Corte de Valladolid, según consta en varios pasajes de su correspondencia. Todo ello hace verosímil la conversación del César con Nicolás, que narra fray Martín de Angulo, el prior de Yuste.

Veinte años más tarde, fray Hernando del Corral, que estuvo en Yuste desde antes que fuera don Carlos hasta después que llevaron sus despojos a San Lorenzo, que fué uno de los cuatro monjes que velaron su cadáver y uno de los ocho que le acompañaron al Escorial, narra como testigo de vista y aun con más detalles que el Prior, las exequias que el César mandó celebrar por su alma estando vivo. Su relato confirma lo que dice el Prior. ¿Cómo se atrevería fray Hernando a escribir tal relato, si fuera mentira y si los otros frailes o los servidores del Emperador se lo hubieran criticado a fray Martín de Angulo? Pero veamos lo que dice fray Hernando del Corral, en el cap. 33 de su *Historia breve y sumaria de cómo el Emperador don Carlos V, nuestro señor, trató de venirse a recoger al monasterio de San Gerónimo de Yuste, que es en la Vera de Plasencia; y renuncia sus Estados en el príncipe don Felipe, su hijo; y del modo y manera que vivió un año y ocho meses menos nueve días, que estuvo en este monasterio; y de las cosas que acaecieron en su vida y muerte*. Escribe así:

«No pareció sino que quiso Su Majestad pronosticar su muerte, mandando hacer las honras de sus padres, y las suyas, y las de su mujer, en vida, y que él las viese y se hallase presente a ellas. Estando, pues, un día muy contento en verse con salud y con buena disposición, mandó llamar al padre fray Juan Regla, su confesor, y díjole:

— Fray Juan, hame parecido hacer las obsequias y honras de mis padres y de la Emperatriz, pues estoy bueno agora y aliviado y sin dolor: ¿qué os parece?

Respondió el padre Confesor:

— Señor, que será muy acertado, mayormente pudiéndose hallar Vuestra Majestad a ellas, como lo desea. Cuando Vuestra Majestad fuese servido, se harán.

Dijo Su Majestad:

— Pues holgaré se hagan luego, desde mañana, y que vayan muy despacio y muy solemnes; con muchas misas, que también quiero que se digan, rezadas; por todos ellos, sin las ordinarias.

Todo ello se hizo como Su Majestad lo mandó, asistiendo Su Majestad a todos los oficios, junto al altar mayor, fuera de su aposento. Y, acabadas todas estas obsequias de sus padres y mujer, dijo al padre fray Juan Regla:

— También querría hacer las mías, y que las viese yo y me hallase presente en vida a ellas: ¿qué os parece?

Entonces, el buen fray Juan Regla se enterneció mucho, y comenzó a llorar, y no pudo responder sino con lágrimas. Y, vuelto en sí, le dijo como pudo:

— ¡Viva Vuestra Majestad muchos años, plega a Dios, como deseamos: no nos quiera Vuestra Majestad anunciar su muerte antes de tiempo!

Tornóle el Emperador a decir:

— ¿No os parece que me aprovecharán?

— Sí aprovecharán, por cierto, señor, porque cualquiera obra buena, si se hace como debe, aprovecha.

— Pues dad orden — dijo Su Majestad — que se comiencen esta tarde.

Y así se hizo, poniéndose un túmulo en la capilla mayor, cercado de muchas hachas y velas, más en número que las pasadas. A las cuales también quiso Su Ma-

jestad hallarse presente, con sus criados vestidos de luto todos. Que fué para los que esto vimos, un espectáculo muy grande y cosa nueva, por ser en vida del personaje que aún vivía. Que cierto nos quebrantó el corazón ver tal cosa, que un hombre quisiese enterrarse cuasi en vida y hacer sus honras antes que muriese. Unos y otros lloraban, viéndose vestidos con sus lutos».

Teodoro Yuste, hablando de esta relación de fray Hernando del Corral — *L'Indépendance Belge*, núms. de 20 de Febrero, 7 y 18 de abril de 1855 — dice que esta narración de las exequias «se halla impregnada de un carácter de tan grande veracidad, pues el narrador habla como testigo de vista, es un escrito de tal candor, que nos parece lógico admitirlo, a menos de poner igualmente en duda todos los otros hechos consignados en los documentos escritos por los monjes de San Jerónimo. Por lo demás, no vemos qué interés habría impulsado a los religiosos para inventar un episodio tan notable...» Son razones de peso, que aseguran la veracidad del relato.

Fray José de Sigüenza, el notable historiador, trató y convivió muchos años en el Escorial con fray Juan de Regla y con varios de los monjes que sirvieron a don Carlos en Yuste. Es lógico que fray José de Sigüenza hablara con ellos de un hecho tan notable como las exequias que el Emperador mandó hacer en vida por su alma. Fray José utilizó los manuscritos de fray Martín de Angulo y de fray Hernando del Corral en su *Historia de la Orden de San Jerónimo*, impresa en Madrid el año 1605. Fray José de Sigüenza confirma en un todo el suceso. Dice así:

«Estando así Su Majestad, luego el corazón y el pensamiento se levantaron a lo que es más firme y más seguro, como quien no tiene contrapeso que le incline al suelo. Llamó a su Confesor y díjole:

— Fray Juan, quería, agora que me hallo tan alegre y contento, hacer, si os parece, las obsequias de mis padres y de la Emperatriz, mi muy amada y cara mujer, de espacio y que lo vea yo; pues Dios me da salud, hallarme en ellas.

— Pensamiento es digno de Vuestra Majestad — respondió el Confesor — y lleno de piedad y santo acuerdo, hacer esta memoria por difuntos a quien tanta obligación tienen todos. Sea cuando fuere servido, que el convento holgaría dello.

— Pues sea luego — dijo el Emperador — y desde mañana, lunes, en la tarde, se comiencen. Diráse la vigilia por mi padre y, otro día, la misa; y luego las de mi madre, consecutivamente; y, tras ellas, las de la Emperatriz; que con esto estaré contento.

Hízose así. Y salía cada día con su vela o hacha encendida, que llevaba un paje delante; asistiendo a todos los oficios, junto a la mesa de la peana del altar, con singular devoción; rezando todo el tiempo que el oficio duraba, en unas horas harto pobres y mal aderezadas. Acabadas estas memorias pías, tornó a llamar a su confesor, y díjole:

— ¿No os parece, fray Juan, que, pues he hecho las de mis padres, que haga también las mías y que vea yo lo que tan presto ha de pasar por mí?

Con estas razones se enterneció fray Juan Regla, viniéndole las lágrimas a los ojos, y dijo, como pudo:

— ¡Viva Vuestra Majestad muchos años, plegue a Dios; no quiera agora anunciarnos su muerte, que los que acá quedáremos, como el Señor fuere servido, pagaremos esta deuda y haremos lo que somos obligados.

El Emperador, a quien debía de despertar más alto espíritu, le dijo:

— ¿No os parece que es cosa que me aprovechará?

— Sí, señor — respondió fray Juan —; y mucho; que las obras pías que uno hace en vida, de mayor mérito y satisfacción son, que las que se hacen por él después de muerto. Y pluguiese a Dios que todos hiciesen otro tanto y tuviésemos tan buen sentimiento.

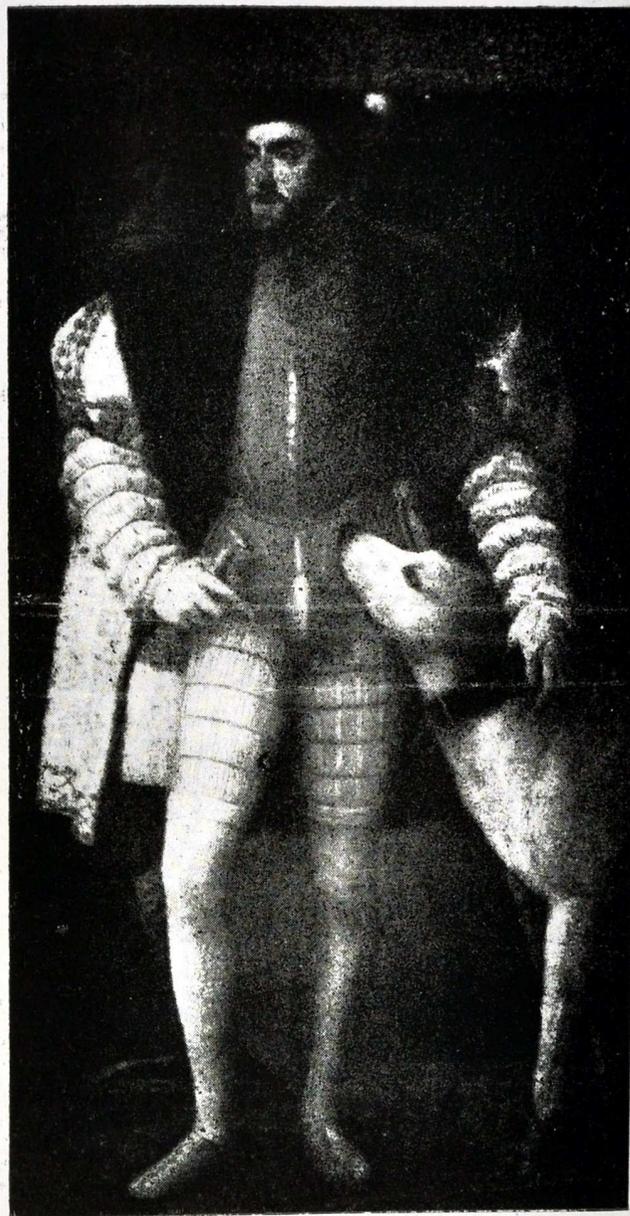
— Pues aparéjese todo para la tarde y comiencese luego.

Entendida esta determinación, hízose un túmulo en la capilla mayor, el más bien aderezado que pudieron, acompañado de mucha cera. Vinieron todos los cria-

dos de Su Majestad con sus lutos. Y salió el pío Monarca con su vela y con su luto, a verse enterrar y celebrar sus obsequias; y rogaba a Dios por aquel alma, a quien tantas mercedes había hecho en esta vida, para que, llegada a aquel extremo punto, se apiadare della. Fué un espectáculo, que causó en todos los presentes infinidad de lágrimas y suspiros. Y no pudieran llorarle tanto, cuando de hecho le vieran muerto, porque puede a veces más la aprehensión del daño y mal que se representa, que la misma presencia y sufrimiento. A la misa de las obsequias, salió a ofrecer su vela en las manos de el sacerdote, como si pusiera en las de Dios el alma; que con semejante símbolo la representaban los antiguos».

Vemos, pues, que el prior de Yuste fray Martín de Angulo y fray Hernando del Corral, testigos de vista, coinciden con fray José de Sigüenza, que trató y convivió muchos años con algunos de los monjes que lo presenciaron y con fray Juan de Regla, protagonista de la conversación con el Emperador sobre los funerales. El testimonio de estos monjes aparece irrefutable documentalmente, hasta que no se demuestre con documentos su falsedad, cosa que nadie ha demostrado. Las exequias en vida del Emperador se celebraron como ellos dicen, por simple devoción. Lo de hacerse el muerto y demás extravagancias que suelen contar los historiadores, carece de base documental, es fruto de la fantasía, consignado a veces por ignorancia y a veces de mala fe.

Aclaremos el asunto un poquito más, exponiendo algunos antecedentes. En el siglo VII, había la costumbre de celebrar exequias por los vivos. El Concilio XVII de Toledo, celebrado en el año 694, prohíbe tales exequias sólo a quienes las hacen con maligna intención (*qui malevole faciunt*), a fin de acelerar la muerte de la persona por quien se hacían, según una superstición muy difundida por entonces; la cual supone inveterada costumbre. Pero el Concilio no prohíbe que se hagan, cuando la intención es recta. Fernando de Castro, en su *Historia generalis Sancti Dominici*, part. II, lib. 3, cap. 46, dice que el B. Alberto Magno mandó celebrar en vida por su alma muchos oficios mortuorios y misas de *requiem*. Viguleo Hundus, en sus *Historias*, cuenta lo mismo de Enrique II, conde de Rateneck y obispo de Ratisbona, que hizo sus funerales en vida el año 1196; hecho confirmado por Lezama, Layman, Diana, etc. Horatius Turselinus, en su *Vita Sancti Francisci Xaverii*, lib. V, cap. 3, cuenta minuciosamente que el opulento comerciante español Pedro Vallejo se hizo también las exequias en vida. Stirling, en su obra *The cloistral life of the emperor Charles the fifth*, impresa en Londres en 1853, y Pichot, en su libro *Charles-Quint. Chronique de sa vie interieure et de sa vie politique, de son abdication et de sa retraite dans le cloitre de Yuste*, impreso en París en 1854, cuentan que Erard de la Mark, obispo de Lieja, ya en el siglo XVI (murió en 1528), mandaba que todos los años hicieran sus funerales. El deán placentino don Diego de Jerez, en su testamento otorgado en 1510 — se guarda en el Archivo de la Catedral de Plasencia, leg. XIII, núm. 44 — ruega y encarga a los albaceas y ejecutores de su última voluntad, provean de manera que, a sus tiempos, le sean administrados los Sacramentos, sin que falte alguno. Recibida la postrimera unción, «antes — dice — que mi ánima se aparte de mi cuerpo, aunque parezca cosa nueva», hagan los oficios por su ánima en el lugar donde se hallare, y en los conventos placentinos de San Francisco y de San Vicente. Antes — añade — que se celebren los oficios, «yo sea quitado de la cama adonde estuviere y puesto en el suelo sobre ceniza o polvo, o a lo más sobre algunas pajas; y que allí esté hasta que fallezca y mi ánima se aparte de mi cuerpo». También es impresionante lo que Pichot, en el cap. I de su obra citada, cuenta del emperador Maximiliano, abuelo de Carlos V, que «no viajaba sino con un gran cofre, del cual tenía él solo la llave y con el que se encerraba para admirar el tesoro que había dicho contener. El le hablaba — se añade — como a una vieja dueña; le pedía perdón de haberle olvidado tanto tiempo. Este cofre contenía un ataúd, un sudario, un paño mortuorio y todos los objetos precisos para sus funerales. Se ha sustituido más de una vez el nombre de Carlos V por el de Maximiliano, al contar esta anécdota». Salazar de Mendoza,



Retrato del Emperador Carlos V, por Tiziano
Museo del Prado (Madrid)

en sus *Dignidades de Castilla*, la cita con la autoridad de Pierre Grégoire, de Toulouse, el cual, en su libro *De República* (Lugduni, 1609), pretende haberla hallado en una oración fúnebre de Carlos V. Y bien conocido es el lúgubre peregrinar de doña Juana la Loca de pueblo en aldea con el cadáver de su esposo. Eran tiempos de reciedumbre. Se miraba a la muerte de cara. Se hacía de ella tema frecuente de meditación... Nos preguntaremos con Gachard -*Retraite et mort de Charles-Quint au monastère de Yuste*, Bruselas. 1854-55 - : «¿Qué habría habido de extraño en el deseo manifestado por Carlos V y en la aquiescencia otorgada a sus piadosas intenciones por su Confesor, así como por los religiosos de Yuste?».

Lo aclararemos aún más. Clericati, en su obra *De Sacrificio Missae*, núms. 35-38, impresa en Padua el año 1706, escribe que insignes teólogos y moralistas - cita, entre ellos, a Navarro, Zerola, Barbosa, Pinelo, Lezama, Peyrino, Gobato, etc. - defienden que un hombre, si lo desea, puede mandar hacer sus funerales, «ita tamen ut in missa non dicatur illa oratio, quae ait defunctum *hodie de hoc saeculo migrasse*, ut evitetur mendacium» (con tal de que no se diga la oración que se refiere al difunto, que hoy salió de este mundo, para evitar la mentira). De la misma opinión eran, en el siglo pasado, los teólogos de la universidad de Lovaina, a quienes Gachard consultó sobre este punto. Vemos, pues, que tampoco en este aspecto existe dificultad.

El relato de los monjes sobre las exequias en vida de don Carlos, era aceptado por los historiadores, si bien le añadían ridículos detalles, hasta que lo negó el canónigo placentino don Tomás González en su manuscrito titulado *Retiro, estancia y muerte del emperador Carlos V en el monasterio de Yuste*, que se guarda en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, impreso en Cáceres en este año 1558. Don Tomás González funda su obra, casi exclusivamente, en documentos del Archivo de Simancas; en especial en la correspondencia de los criados del Emperador. De éstos, el mayordomo Luis Méndez Quijada, el secretario Martín de Gaztelu y el doctor Enrique Matisio, eran los más principales; ninguno de ellos habla de las exequias y el Canónigo placentino deduce que no existieron; pero no aduce ningún otro razonamiento ni prueba documental. Lo que sucedió, como se deduce del mismo manuscrito de don Tomás González, es que ni Quijada, ni Gaztelu, ni Matisio, se hallaban en Yuste cuando se celebraron las exequias, ni escribieron cartas en aquel día. Don Carlos, devotamente, sin afán de notoriedad extravagante, por simple devoción, asistió a los Nocturnos que mandó celebrar por su alma, en la tarde del día 30 de Agosto de 1558. A la mañana siguiente, como tantos otros días, oyó la misa de difuntos que había mandado aplicar por la salvación de su alma. Quijada y Gaztelu estaban en Cuacos - el Emperador gozaba de salud -, descansando de las muchas visitaciones que habían tenido en los días anteriores: «Molestado soy de huéspedes», escribía Luis Quijada al secretario Vázquez de Molina, el 28 de agosto. El doctor Matisio se hallaba en Jarandilla, adonde le envió don Carlos para que atendiese al Conde de Oropesa en unas malignas tercianas que padecía; de donde volvió el 31 por la tarde. Como don Carlos no quiso hacer de esta devoción un acto espectacular; como Gaztelu, Quijada y Matisio no la presenciaron; como el día 31 por la tarde se puso enfermo de gravedad el César, no es extraño que, en las cartas que escribieron, ya en el mes de septiembre, tratando de la enfermedad, no hablen de un acto piadoso que, a juicio del confesor fray Juan de Regla, no encerraba dificultad canónica, ni era nada de particular. Es, pues, muy aventurado negar, por sólo este silencio, la existencia de los funerales que don Carlos mandó hacer por su alma. Miguet, en su obra *Charles-Quint, son abdication, son séjour et sa mort au monastère de Yuste*, impresa en París el año 1854, sigue el parecer de don Tomás González; pero tampoco alega ningún documento. Ni uno ni otro rebaten las afirmaciones de los monjes, que hablan como testigos de vista; ni reparan en los antecedentes históricos, ni en las opiniones de los teólogos que cita Clericati. Y no es caso de creer, sin más ni más, en su palabra. Mientras no haya pruebas en contrario, nos atenemos a los documentos que existen.

Lo malo ha sido que los historiadores, ingenuos o dolosos, han fantaseado con

poco aviso, ridiculizando al Emperador. Y los novelistas y dramaturgos plasmaron en sus obras estas fantasías de los historiadores. Los documentos dicen que don Carlos mandó hacer por su alma los oficios funerales y una misa de *requiem*, a los que asistió devotamente, colocándose junto al altar mayor. Y el famoso cronista Juan Ginés de Sepúlveda, que estuvo en Yuste a visitar a don Carlos y platicó, antes y después de su muerte, con los frailes y criados que le servían, dice que, al tiempo del ofertorio, salió el César a ofrecer su vela en manos del Sacerdote, como si pusiera en las de Dios su alma, y dijo: «Yo te ruego y suplico, oh Arbitro de la muerte y de la vida, que de la misma manera que el sacerdote coge este cirio, así recibas en tus manos mi alma, cuando sea tu voluntad de sacarla de este mundo». Así, llanamente, devotamente, cristianamente, rogaba a Dios por su alma el Emperador del mundo. Nada de hacerse el muerto, ni meterse en un ataúd, ni las otras extravagancias que han escrito los historiadores dolosos o poco avisados. Don Carlos ni siquiera ordenó que su cuerpo agonizante fuera colocado sobre unas pajas, ceniza o polvo, como hizo don Diego de Jerez. Las exequias que don Carlos se mandó hacer en vida, no fueron un acto de locura, como algunos dicen; fueron un gesto de profunda devoción. ¿De dónde salieron tantos dislates como se han escrito?: de la ignorancia, de la mala fe.

Veamos, para ejemplo, cómo describe Robertson, historiador de fama, las exequias: «Resolvió — dice — celebrar sus propias exequias antes de su muerte. Por su orden, fué erigido un catafalco en la iglesia del monasterio. Acudieron sus criados en procesión funeraria, llevando negros hachones. El mismo Carlos seguía envuelto en un sudario. Se le colocó en su ataúd con mucha solemnidad y se le cantó después el oficio de los muertos. Carlos se unió a las oraciones recitadas por la salud de su alma, mezclando sus lágrimas a las que vertían los criados de su casa, como si hubiesen celebrado los auténticos funerales. La ceremonia se terminó con la aspersión del agua bendita sobre el ataúd, según las rúbricas; y, habiéndose retirado todos los asistentes, se cerraron las puertas de la iglesia. Entonces Carlos salió del ataúd y marchó a su aposento, lleno de los sentimientos de terror que una tan singular ceremonia era capaz de inspirar; pero la duración fatigosa del acto y la impresión causada en su ánimo por la imagen de la muerte, le afectaron de tal manera, que al día siguiente fué atacado de una violenta calentura, a la que su feble constitución no pudo resistir». Estos dislates escribe Robertson, a quien por esos mundos consideran historiador notable, cuya sectaria y antiespañola *Historia del reinado del emperador Carlos V*, ha sido traducida a los principales idiomas — al español, con patrocinio oficial, en 1847 —. No es extraño que tales infundios se hayan propagado en las universidades y escuelas, en los diarios y revistas; que han contribuído a presentar, durante largo tiempo, la estancia del César en Yuste como una mamarrachada.

Consignaremos, reiterando ejemplos, otro dislate. Víctor Duhamel, en su *Historie constitutionnelle de la Monarchie Espagnole*, tomo I, pág. 356, escribe: «Las privaciones y la enfermedad acabaron por alterar las facultades de su espíritu cada vez más sombrío. Un día, el 20 de septiembre de 1558, en un acceso de negra melancolía, tuvo el aciago pensamiento de querer ser testigo de sus exequias. Los monjes de San Justo celebraron, por su orden, la lúgubre ceremonia en la iglesia del convento, mientras que él mismo, envuelto en un sudario y echado en un ataúd, unía su voz apagada a la de los religiosos, que salmodiaban el oficio de los muertos. Tras la absolución, todos los asistentes se retiraron y dejaron solo en la iglesia al Monarca que había deseado enfrentarse con esta imagen terrible de la muerte. Sus deseos estaban cumplidos; su existencia no se hallaba ya ligada a la tierra. Levantándose como un espectro, fué a prosternarse al pie del altar; después, embargado de un delirio espantoso y de una fiebre ardiente, regresó a su celda donde expiró al día siguiente». Es difícil consignar más errores en menos líneas.

Y como estos dislates, pudiéramos allegar otros mil, que aún hoy se creen, se enseñan y se escriben.

DOMINGO SANCHEZ LORO

MEDIA NARANJA

(Leyenda del Emperador)

Y mandó a Ruy Gómez a pedir a Don Carlos, su padre, que abandonara Yuste y le fuera a ayudar y que no renunciara al Imperio hasta ver el sesgo que tomaban los negocios.

Pescaba el Emperador
y descuidaba la caña.

Por el cauce de la alberca
tranquilas bajan las aguas
bien bordadas de alamares
y lentejuelas doradas,
rendidas por el otoño
ante las augustas plantas.

En manso y breve recodo,
estos oros se remansan
engarzando, entre arabescos
y labor de filigrana,
el sol redondo y chiquito
de una encendida naranja.

En el fondo de guijarros
bailan las truchas la danza
con giros de marionetas
y bogan y hacen gárgaras.

En el fondo azul del cielo,
pinchado a una nube blanca,
se ha disecado un azor
haciendo cruz con las alas.

Al pié firme, destocado,
respetada la distancia,
Ruy Gómez, habida venía,
le va sonando palabras:

Señor, el Rey don Felipe
precisa de vuestra Gracia
y os ruega que le acorráis
en el gobierno y la guarda
de tan dilatados reinos,
tan luengos de tierra y agua
que es mucha rienda a la mano
para quien mozo cabalga.

Echa menos mi Señor

la prudencia recta y sabia
que amasó tan grande hacienda
y la energía titánica
del Emperador, su padre,
que alzó a tan segura y alta
majestad a la realeza
y señorío de España.

Es joven el Rey, Señor,
y echa menos vuestras canas.

Calló Ruy Gómez y, un tiempo,
el murmullo de las aguas
hizo un solo de cristal
en una lira de plata.

En las manos imperiales
tembló un momento la caña.

Luego, con aire cansado
y mesurada palabra,
así dice al caballero
que la respuesta le aguarda:

Decid al Rey que es preciso
que por sí solo se valga
si quiere aprender la ciencia
del bien gobernar. La fama
y el honor de la corona
no se dan, cada mañana
hay que ganarlos al día
en una dura batalla
y la frente es el crisol
donde el amor hecho brasa
va aquilatando sus oros
y puliéndole esmeraldas.

Yo consumí el corazón
en esa hoguera, sin tasa.

Es preciso que él, ahora,
labre su propia tiara.